

IMPLICACIÓN DEL DISCIPULADO: “ID, CONTAD... Y SANAD” (Mt 11,4;10.1) Arantxa Jaca

I. PRIMER ACERCAMIENTO

En el primer retiro se presentaba para contemplar, reflexionar y ahondar, cinco momentos, espacios o paneles, que nos ponían en consonancia con el proceso de inicio de un nuevo tiempo en la Historia de Salvación, en la que Dios decide encarnarse, hacerse uno más de nosotros para mostrarnos su “rostro” y hacerse “tangible” en el ser y en el hacer. Todo lo nuevo tiene su inicio y, por lo general, se comunica. Ahí nos situábamos y ahí nos adentrábamos para captar algo más.

En el segundo retiro dábamos un salto y nos poníamos en relación con una mujer que aparece en el Nuevo Testamento, María Magdalena, por ser la primera persona a la que el Resucitado se le apareció, y porque nos mostraba claramente que para sentirnos implicados en un acontecimiento (sea cual sea), forme parte de nuestra vida, nos afecte, resulta imprescindible sentirlo nuestro, resulta imprescindible que toque nuestro corazón. No es suficiente escucharlo en el sumario, o que alguien te lo cuente con detalles, o verlo en imágenes... Ciertamente, todo ello nos puede impresionar más o menos, pero no con-movernos (movernos con) en hondura. Por lo tanto, la implicación está en clara relación con el verdadero afecto de corazón. También en la fe. Y lo vimos con cierto detalle en este segundo retiro, quedando reflejado, de manera muy especial, en el final del relato: “...*Vete donde los hermanos y diles... Fue María Magdalena y dijo a los discípulos...*” (Jn 20,17b-18).

En este tercer retiro nos vamos a adentrar en la implicación, en lo que nos supone o nos debe de suponer con-movernos con ese acontecimiento primero y cómo lo hacemos o, mejor, lo deberíamos hacer, desde la fe, teniendo en cuenta ese Rostro concreto que Dios nos regaló en un momento de la Historia, para ir construyendo la Vida, el Reino que él anhela para la humanidad, para la creación, para el universo. No es una forma de moverse cualquiera, no es un afecto cualquiera, no es un implicarse cualquiera. No es cualquiera, no, porque ya ha quedado muy concretado y especificado en Alguien real: en Jesús. “*Vete... y diles...*”. ¿Qué tenemos que decirles?

Y aprovechamos que el Año Litúrgico nos regala, para los domingos del Tiempo Ordinario (Año A), pasajes del Evangelio de San Mateo, los acogemos para ir captando en esta reflexión, un poco más por dónde debería ir esa nuestra implicación con la noticia, ese nuestro ir y decir. Los domingos del T.O. son 33, repartidos en momentos diferentes; resultan mucho, evidentemente, para adentrarnos en el mensaje de cada uno, pero sí se pueden recoger pistas muy concretas por dónde orientarse, adentrarse en la implicación. No en vano, los evangelios nos recogen lo predicado por el Predicador de formas distintas (milagros, parábolas, diatribas, discursos...) y nos dan la oportunidad de trabajarlos desde distintas ópticas. Mateo, con su estilo, con sus palabras, con su mensaje, incidirá en demostrar cómo se puede ser y cómo se debe ser “discípulo”, con el objetivo de formar y reformar la vida de sus oyentes en el sentido de una fidelidad nueva (una justicia nueva) que sobrepasa y descalifica la fidelidad a la ley, a la letra, sin más. Una fidelidad, justicia nueva basada en una autoridad misericordiosa, realizada en el perdón de las ofensas y en el servicio a los más humildes con vigilancia para no caer dormidos y responsabilidad (Cf. *Evangelio según San Mateo*, P.Bonnard). Y, todo ello, comenzando con la llamada personal de Jesús a seguirle y a recorrer en actitud de conversión, que se nos relata el primer domingo, en 4,12-23, hasta la parábola que les cuenta a sus discípulos, para apelar a la responsabilidad en los dones y tareas encomendadas, que lo escuchamos el último domingo, en 25,14-30. Quizás, en algún momento del día estaría bien acercarse al enunciado o al eco de los evangelios de estos domingos, y que, a modo de sentencias, se indican al final de esta reflexión

Por lo tanto, en este nuestro tercer recorrido nos moveremos en estos parámetros del evangelista san Mateo, e intentaremos escuchar y acoger lo que el Predicador nos quiere predicar

con autoridad, también hoy, y contrastarlo con nuestra realidad, para ir reajustando, para que cada vez pueda ir dándose mayor concordancia entre lo que se nos da, recibimos y entregamos.

Podría comenzarse el retiro con un canto u oración sobre el discipulado, sobre la llamada o con la lectura del texto del evangelio de Mateo 4,12-23, correspondiente al primer domingo, porque en él queda englobado y recogido de forma clara cómo y en qué actitud ha de ser la implicación, el con-moverse del discípulo. Resulta ser, por lo tanto, el sumario del evangelio: conversión para poder escuchar con claridad la llamada al seguimiento y poder responder con presteza y convencimiento, para llevar a cabo la gran y gozosa tarea de la enseñanza, de la proclamación, de la sanación que emana la Buena Nueva del Reino de los Cielos.

II. ADENTRÁNDONOS

Adentrándonos en ese implicarse como discípulos, siguiendo la estela del evangelista Mateo, destacaremos tres aspectos, entre los posibles, en los que podríamos encuadrar esa fidelidad o justicia nueva que nos debería de interpelar: 1. Actitudes; 2. Escucha y lectura de la vida; 3. Con legalidad y no legalismo.

1. Actitudes

Es curioso que el inicio de la predicación de Jesús no es una llamada o una invitación a escucharle, a seguirle, sino una apelación al corazón, a la actitud, a la raíz, de una manera un tanto apremiante porque el tiempo pasa y el tiempo llega, y, si no asumimos de frente, puede transcurrir todo sin pena ni gloria: “*Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca*” (Mt 4,17b). Una frase, un discurso muy breve pero que nos indican tres aspectos esenciales para que el corazón se ponga en marcha:

- a) No es posible un cambio, adentrarse en un recorrido, en un proceso, sin disposición a que eso se dé, realmente: *Convertíos...*
- b) No es posible un cambio, un adentrarse en un recorrido, en un proceso, sin motivación para ello: *...porque el Reino de los Cielos...*
- c) No es posible un cambio, un adentrarse en un recorrido, en un proceso, si no se siente una urgencia para cambiar, si no se siente un vacío existente que reclama algo más sin mucha pérdida de tiempo: *...está cerca...*

Evidentemente, nadie se pone a la escucha o en actitud de diálogo de algo aquello que no le interesa. Y Jesús lo sabe, porque es persona que vive desde la vida y no desde el cumplimiento. Y eso mismo es lo que quiere transmitir desde el primer momento de su predicación, de su recorrido.

Además, con sus palabras nos pone mirando al por qué de la necesidad de ese cambio, a cómo se tiene que ir dando, qué supone ello. Es cierto que sólo dice “*porque el Reino de los Cielos*”, pero ahí está resumido todo, y ahí está la clave de la motivación, la clave que nos empuja a la escucha de su mensaje: ¿Qué es el Reino de los Cielos? ¿Qué supone, por dónde va? Ese concepto es el gran bloque que, poco a poco, irá desgranando. Por, de pronto, suena a dos cosas: 1. Cielos: por lo tanto, es algo que sobrepasa y sobredimensiona la tierra, caduca y finita por esencia, resultando algo más pleno, con resonancia a Dios; 2. Reino: por lo tanto, tiene que regir, prevalecer algo diferente que el reinado terrenal. Resulta algo novedoso, algo que no se ha escuchado hasta ahora. ¿Qué será? En este primer texto ya se intuye que tiene relación con ir enseñando, proclamando vida, de manera diferente, porque va equiparado a ser ya sanador de todas las enfermedades y todas las dolencias.

Y, en tercer lugar, Jesús nos sitúa en el tiempo. Conoce bien a la persona y sabe que tiende a huir de la realidad, a dejarlo todo para más tarde, sobre todo, en aquello que puede crearle más conflictos internos: *...está cerca...* Por lo tanto, no cabe estar dormidos o medio-dormidos, sino en actitud de prontitud, de vela, sin perderse en entretenimientos. Ya sabemos lo que es que alguien nos diga “estoy al llegar”, “me falta poco”; o que, uno mismo diga, “estoy llegando”.

Todo esto supone una actitud de apertura y de revisión de uno mismo, en su ser y en su actuar, para ir percibiendo y distinguiendo lo esencial o fundamental, de lo secundario o accesorio, y para asumir que el “corazón” siempre tiene que estar en movimiento, despierto. ¿Cómo? El mismo Jesús nos lo va ir diciendo a lo largo de los textos evangélicos de los domingos: ver en qué parámetros se mueve nuestra búsqueda de felicidad –ahí la bienaventuras-; la oración, siendo central el Padre Nuestro, y el descanso; actuación humilde, misericordiosa, prudente, sencilla; servidores de un solo señor; sentir la necesidad de ser curado uno mismo; confianza en Dios; estar dispuesto a repartir y a repartirse; actuar con responsabilidad; sin superioridad; con necesidad de aprender; siendo conscientes de que hay que ir renovando día a día la centralidad del Dios de Jesús en nuestras vidas: *¿Quién decís que soy yo?*; actitud de búsqueda de los pequeños, de los “últimos” de la sociedad para acompañarlos, para sanarlos; actitud de búsqueda de justicia; sin prejuicios y miedos a curar; ir ampliando y renovando nuestros pensamientos al estilo de Dios; recurrir una y otra vez a Dios, con gemidos, si hace falta, mostrando nuestra actitud, nuestra disposición a ser generadores de vida, como la mujer cananea; ir trabajando nuestra libertad...

En este momento, podríamos pararnos para hacer un pequeño respiro y adentrarnos en nuestras actitudes, ponerlos a la luz de la Palabra, y ver cómo se están reflejando o cómo los estamos conjugando.

- ¿Mi actitud de cada día procede de ese deseo de renovación de corazón, en consonancia con Dios, o es el reflejo de la inercia de lo de siempre?
- ¿Mi actitud corresponde a la respuesta del estilo de vida del Reino de los Cielos o al que en mí brota, sin más?
- ¿Mi actitud es reflejo de la necesidad de comenzar ya con el cambio para que una nueva justicia sea posible o de vivir sin grandes complicaciones en el tiempo?
- ¿Cuáles pueden ser, en estos momentos, los movimientos de “corazón” que debo de cuidar más, teniendo en cuenta lo indicado en el último párrafo de este punto primero?

2. Lectura de la vida

Jesús es un observador y un contemplativo de la vida, de lo cotidiano, y, por eso mismo, sabe saborearla, sabe leerla, sabe sacar de ella enseñanzas y aplicaciones. Es un hombre despierto de ojos y corazón; es un hombre práctico; esponja que absorbe la realidad, hasta las cosas más sencillas, las más insignificantes, para ponerlas en una tesitura de Dios y, de ahí, sacar un mensaje. Es un lector nato de la vida y quiere estar cerca de la vida, y dejarse interpelar por ella. De ahí que lo transmitido en palabras desde esa actitud, se haga comprensible a todo oyente y, al mismo tiempo, escandalice esa sencillez tan interpelante porque, por lo visto, Dios tiene que ser un grandilocuente y no comprensible. Jesús rompe esquemas y moldes.

Y Jesús tiene los pies en la tierra; no huye de lo terreno, de la humanidad, para refugiarse escandalizado en una espiritualidad desencarnada. Existen en la complementariedad: lee lo terreno, lo histórico, para dar un paso más, para darle una aplicación más honda desde Dios. Claramente lo muestra, por ejemplo, en la respuesta que da a aquellos herodianos: “Pues lo del César devolvédsele al Cesar, y lo de Dios a Dios” (Mt 22,21b). Ese saber leer la vida que le rodea, la vida de su época, para aplicarla a la misma vida, lo transmite en sus palabras a través de parábolas, comparaciones... Unas cuantas de ellas nos deja Mateo, a lo largo de estos domingos. Realidades, materiales, en verdad, muy sencillas: sal, luz, constructor prudente y necio, enfermedad, siembra, trigo y cizaña, mostaza, levadura, tesoro, perlas finas, red de pesca, peces de toda clase, atar y desatar, dos hijos, diez vírgenes, los talentos...; pero llenos de mensajes y aplicaciones.

El evangelio, la Buena Noticia, por lo tanto, es una clara invitación a que el lector, el oyente, vaya dando pasos para ser un observador, un contemplativo, un lector nato de la vida, y sacar un

mensaje más “divino”. Evidentemente, en nuestro entorno, hoy, algunas de las realidades que Jesús percibía no serán tan numerosos y evidentes, porque las condiciones de vida han evolucionado, y, por lo tanto, no tenemos que esperar a encontrar las mismas realidades para hacerlo, sino que supone un lanzarse a aprender a leer nuestro actual entorno. Lo importante es aprender a “leer”, a “entender” lo sencillo que ocurre en la vida, a ir intuyendo que ahí también hay Vida que quiere comunicarse y dejar un mensaje, tanto en su lado más oscuro como en el más luminoso. Es cierto que la vida tan ajetreada, de tanto movimiento, tan inmediata, tan de usar y tirar... no facilita, para nada, la quietud para observar, para contemplar, para reflexionar, pero quien quiera vivir al estilo de Jesús, en esa construcción del Reino desde ahora, le resultará imprescindible. De otra manera, corremos el riesgo de que lo que brote de nuestra boca y manos no sean palabras ni construcción de Vida, de corazón, de conversión, sino simples fórmulas aprendidas al cabo del tiempo, fruto de un repetir y no de un vivir. Es uno de los “más” que podemos aportar a la humanidad, a la creación, al universo de hoy.

Además, la importancia de volver a lo sencillo que la misma vida nos ofrece, porque en la sencillez de cada día es en donde se va tejiendo el mensaje de Jesús, la presencia de Dios. Y lo sencillo, ¡se agradece tanto! En algunos momentos ciertas fórmulas complicadas resultarán necesarias pero, sobre todo, deberían abundar fórmulas sencillas, como lo supo hacer y como nos lo supo transmitir Jesús. Aquello que dijo Santa Teresa: “Entre lo pucheros anda el Señor”. Pero, quizás, primeramente, deberíamos darnos cuenta de cuáles son los “pucheros” que tenemos entre manos, porque, quizás, ni hemos reparado en ello, llevados de tanta inercia como nos acompaña.

En este momento no estaría mal un espacio para pararnos a pensar en nuestra lectura o no lectura de la vida.

- ¿Me he parado a pensar alguna vez cuáles pueden ser los “pucheros” habituales con y en los que me manejo, y en los que también puede haber mensaje?
- ¿Sé pararme para observar, contemplar, ahondar la vida (la mía, la de los demás, la de la humanidad, la de la creación...) y, así, ir aprendiendo a leerla?
- ¿Cómo transmito la Buena Noticia: con grandes y redondas expresiones o actuaciones para mostrar mi saber, o en la sencillez de lo cotidiano, sin más pretensión que hacer partícipes con alegría a los demás del Tesoro encontrado?

3. Con legalidad y no legalismo

Esa implicación o ese con-moverse nuestro en el Reino, desde ahora, que requiere como primera actitud el deseo y el hecho de la conversión, tiene como fundamento, como base una nueva ley, una ley renovada, una ley ampliada, como cabe a Dios, pero no, por ello, ensanchada o estirada, sin más. Jesús la perfecciona en su forma, haciéndola más legal, si cabe, pero desterrando, más que nunca, el legalismo. A la ley le devuelve su centralidad, su sentido y su misión de justicia, “*No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento*” (Mt 5,17), pero en y desde la perspectiva de Dios, “*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Mt 22,37.38b). Por lo tanto, la ley conoce una nueva dimensión, en su vivencia y en su aplicación. Jesús sabe que la ley convertida en legalismo aprisiona, resulta hipócrita, lleva a un mero cumplimiento, y no como reflejo de vida, y a juicios comparativos; en definitiva, que no crea vida. Jesús desenmascara la ley para ponerla al servicio de la humanidad, de la vida, porque debe de brotar del amor, del deseo de crear justicia, del deseo de construir el Reino de los Cielos. Y, por eso mismo, la desenmascara con exigencia; el amor no admite cualquier respuesta, no admite aquella respuesta que no sea amor. Por eso, si hay algo que estorbe a ello hay que desecharlo o arreglarlo.

No es menos exigente, no, esta ley ampliada en la letra y en la esencia; todo lo contrario, pues exige el compromiso de vida.

Esta justicia desde la perspectiva de Dios supone paridad de las personas, supone algo más que decir con los labios “Señor, Señor”, supone un arriesgar la propia vida para que el otro tenga más vida, supone renovar la fe, supone aprender lo que significa y lo que conlleva el perdón, supone un implicarse en la vida... Y requiere, sobre todo, mucha sencillez, mucha humildad... La de aquel que se sabe que es administrador de los bienes y no poseedor o dueño de los mismos; y lo tiene que hacer lo mejor posible porque el Dueño ha depositado en sus manos esa tarea no como amo sino como servidor. El Dueño se arriesga a depositar en sus manos el “tesoro” de la humanidad y de la creación entera para que sea su prolongación. ¡Semejante responsabilidad! ¡Semejante confianza ante Dios! Si fuéramos conscientes de esto, no podría brotar de nuestros labios más que esa actitud de entrega sencilla, humilde y confiada que muestra María y, también, otros muchos personajes de la Biblia: “*Heme, aquí*”. Si fuéramos conscientes de esto, no tendría tanta cabida esa superioridad que con facilidad nos brota, no tendría tanta cabida ese aparentar que tanto nos atrae, no tendría tanta cabida ese dogmatismo que nos aprisiona y aprisiona a los demás. Y, sin embargo, tendría más cabida la verdadera Ley de Dios, como es el Amor. Ya nos lo recuerda Jesús: “...*No os dejéis llamar Maestro, Padre, Consejero..., sino ser servidores en humildad...*” (Mt 22,8-12).

Un tercer momento para adentrarnos con sinceridad y reflexionar.

- ¿En qué parámetro me muevo: en el de la legalidad o en el del legalismo?
- ¿Llego a captar lo que supone realmente esa nueva forma que Jesús ha dado a la Ley?
- ¿Cómo sirvo yo a la justicia desde esta nueva Ley de Jesús?
- ¿Sé vivir, ser, entregarme desde el Amor?

III. COMPARTIENDO

Un tercer momento de este retiro o reflexión sería el compartir, en actitud de discípulo, dejando brotar lo que este recorrido de implicación o de con-moverse nos ha aportado, nos ha remarcado, nos ha interpelado. Puede ser una oración, un texto, una pequeña reflexión que hemos hecho, un pasaje evangélico, unas cuantas preguntas que nos salen como respuesta. Después de la aportación, comunitariamente, si resulta posible, o personalmente, podríamos recoger en una frase escrita y visible puesto en algún lugar, como eco que nos deja este encuentro, como compromiso de querer ser discípulos y discípulas, cada vez más al estilo del Dios de Jesús.

Un compartir, un reflexionar, que nos debe suponer descansar y reposar en el Señor, en el Maestro, en el Padre, en el Consejero, para que fortalecidos, sigamos construyendo justamente y en justicia la humanidad nueva que suspira Dios, y que nos lo mostró en Jesús. Por ello, nuestro último momento del encuentro, de la reflexión, del compartir, bien podría ser un rato de oración con vísperas, o con el salmo de completas o de otra manera que se pudiera preparar. ¡Qué mejor reposo que sentarnos junto a Él, sin otra tarea más apremiante, y permitirle a Él estar con nosotros! Sentarnos, pararnos, silenciarnos... para darle cabida a Él, poniendo en Él toda nuestra vida porque nos ama y porque le amamos.

Señor, Tú que nos diste
el que te encontráramos
y el ánimo para seguir buscándote,
no nos abandones al cansancio
ni a la desesperanza.
Haznos buscarte siempre,

y cada vez con más ardor.
 Y danos fuerzas
 para adelantar en tu búsqueda.
 Ante Ti ponemos nuestra fortaleza.
 Y con ella nuestra debilidad.
 Acreciéntanos la primera
 y cúranos la segunda.
 Ante Ti ponemos nuestra ciencia.
 Y con ella nuestra ignorancia.
 Allí donde nos abriste, recíbenos,
 pues estamos entrando.
 Allí donde nos cerraste,
 ábrenos, pues estamos llamando.
 Que nos acordemos de Ti.
 Que te comprendamos. Que te amemos.
 Aumenta en nosotros tus favores
 hasta que totalmente
 nos reformemos en Ti.
 (San Agustín, *De Trin.* 15,28,51)

-
- Convertíos... Venid y seguidme... Recorría enseñando, proclamando, sanando... Mt 4,12-23
 - Subió a la montaña, se sentó, se le acercaron los discípulos y les enseñó: Dichosos... Mt 5,1-12a
 - Ser sal de la tierra..., luz del mundo..., para que al ver las obras den gloria... Mt 5,13-16
 - He venido a dar plenitud a la ley... Reconcíliate... Está mandado..., pues yo os digo... Mt 5,17-37
 - Amad..., rezad... Vuestro Padre hace salir su sol..., manda la lluvia a todos... Mt 5,38-48
 - Nadie puede estar al servicio de dos amos... No estéis agobiados por la vida... Buscad el reino de Dios y su justicia... Mt 6,24-34
 - No es suficiente decir “Señor, Señor”, sino hay que cumplir la voluntad de mi Padre que está en el cielo... Sé como el hombre constructor prudente y no necio... Mt 7,21-27
 - No tienen necesidad de médico los sanos... Misericordia y no sacrificios... Mt 9,9-13
 - La mies es abundante... Con autoridad id y proclamad que el reino está cerca... Curad, resucitad, limpiad, echad... y todo gratis... Mt 9,36-10,8
 - No tengáis miedo... 10,26-33
 - El que pierda su vida por mí la encontrará... Mt 10,37-42
 - Gracias, Padre, porque has revelado a la gente sencilla... Venid a mí y aprender... Descansad en mí... Mt 11,25-30
 - La parábola del sembrador... Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen... Mt 13,1-23
 - El reino de los cielos se parece... al trigo y a la cizaña..., al grano de mostaza..., a la levadura... Mt 13,24-43
 - El reino de los cielos se parece al tesoro escondido en el campo..., al comerciante de perlas finas..., a la red que recoge toda clase de peces... Mt 13,44-52
 - Dadles vosotros de comer... Alzó la mirada, bendijo y partió... Hubo sobras... Mt 14,13-21
 - Subió al monte para orar... ¡Qué poca fe! Por qué has dudado... Mt 14,22-33
 - Señor, socórreme... Tienes razón pero también los perros se comen las migajas... Qué grande es tu fe... Mt 15,21-28
 - Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Mt 16,13-20

- Tú piensas como los hombres, no como Dios... Mt 16,21-27
- Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo... Lo que atéis o desatéis aquí, así será en el cielo... Mt 18,15-20
- Si cada cual no perdona de corazón a su hermano... Mt 18,21-35
- ¿Vas a tener tu envidia porque yo soy bueno?... Los últimos serán primeros y primeros últimos... Mt 20,1-16
- ¿Qué os parece? ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre? Mt 21,28-32
- Os quitarán a vosotros el reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos... Mt 21,33-43
- Muchos son los llamados y pocos los escogidos... Mt 22,1-14
- Pagadle al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios... Mt 22,15-21
- ¿Cuál es el mandamiento principal de la Ley?... Mt 22,34-40
- No os dejéis llamaros Maestro, ni Padre, ni Consejero... Sed servidores... Mt 23,1-12
- Se parece el reino de los cielos a diez doncellas que tomando sus lámparas salen a esperar... Velad... Mt 25,1-13
- Un hombre, al irse de viaje, llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes... Vuelto el señor ajustó las cuentas... Mt 25,14-30